

ces habia sentido en celo y ardor por su santo servicio: quiero decir, la esperanza que con mis súplicas unidas á las de mi hermana, podria tal vez obtener algun dia la conversion de los seres que amo con tanta ternura.....

Fui á encontrar á mi hermana y á la señorita M... y les declaré abiertamente que queria ser católica. A pesar de la alegría que les causó esta noticia, no por eso dejaron de hacerme las mas justas observaciones acerca de la importancia de la resolucion que tomaba. Respondíles que mi corazon estaba ya conmovido, y convencido mi entendimiento; pero que no se me ocultaba la necesidad de conocer á fondo la religion que queria profesar. Tuvimos sobre el particular una conferencia con el Sr. Conde de.... por el cual no sentia ya sino un agradecimiento que conservaré toda mi vida. Deseaba que me instruyese uno de los eclesiásticos de quienes he hablado: y el Sr. Conde se encargó de participarles mi resolucion. Siempre animados de un ferviente celo por la gloria de Dios y de caridad hácia el prójimo, uno de ellos tuvo la bondad de dedicar unos momentos que le eran preciosos, á enseñarme el verdadero camino de la salvacion.

¡ Dichosos los que buscan la verdad y encuentran tales guias, cuales los encontré yo, para enseñarse-la! La confianza que me inspiró mi director, y la claridad de sus instrucciones, avivaron pronto en mí los deseos que ya tenia de unirme para siempre á este Dios, que habia por tanto tiempo despreciado.

Gracias á sus cuidados, por los cuales suplico á Dios que le dé el premio, estuve en estado de abjurar mis errores el 29 de junio, logrando así al

mismo tiempo la dicha de poder ganar el jubileo. No ceso nunca de dar mil y mil gracias á la divina Providencia de que me haya llevado al puerto de la salvacion. ¡Ojalá se digne conceder la misma gracia á todos los que están en error y particularmente á estos amigos que tanto aprecio! *Tal es el sincero voto de aquella cuyo único deseo es de vivir y morir en el gremio de la santa Iglesia católica, apostólica y romana.*

(Coleccion de conversiones , etc.)

CAPÍTULO VI.

SEXTA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SUS COMBATES Y SUS VICTORIAS.

En todos tiempos ha salido la Iglesia romana victoriosa de sus enemigos, y disfrutará hasta el fin de los siglos de esta divina prerogativa. Ella ha triunfado de los judíos y de los paganos; de los cismas y de las herejías: siempre ha triunfado y triunfa todavía de los hijos rebeldes que lleva en su seno. Pues bien, ¿qué prueban, querido Teófilo, estos incesantes y perpetuos

combates coronados siempre por las mas brillantes victorias, sino que la mano todopoderosa de Dios es la que la sostiene, y que ella es por consiguiente la verdadera Iglesia de este Jesús á quien obedecen los vientos y los mares?...

§ I. *Victorias sobre los judios.*

Los judios fueron los que dieron los primeros combates á la Iglesia; ellos quisieron ahogarla ya en su misma cuna, persiguiendo á sus Apóstoles, y dispersando á sus discípulos. Pero les dijo el doctor Gamaliel, en la asamblea de la sinagoga: *Si esta obra es de Dios subsistirá á pesar vuestro:* y la experiencia ha demostrado la verdad de estas palabras. La Iglesia ha subsistido á pesar de los judios, y el mundo entero ha podido ver que ella era la grande obra de Dios y que no podia dejar de serlo.

En efecto, hijo mio, ¿cuál ha sido el resultado de estas persecuciones y dispersiones? Si vemos padecer á los Apóstoles y á sus discípulos en la Judea, sus padecimientos solo sirven para realzar mas el esplendor de su santidad y la grandeza de su

valor. Si son echados de las ciudades y de las sinagogas; si se ven obligados á abandonar un país para pasar á otro, es para llevar por todas partes la antorcha de la fe, para encender el fuego de la caridad, para fundar en todo el mundo el reino de Jesucristo; es para extender, engrandecer y propagar la Iglesia. Preciso era que sufriesen los Apóstoles y sus discípulos las mas duras pruebas, para que se viese el admirable cambio que habia obrado el Espiritu Santo en su corazon. Cuando se les ve presentados á las sinagogas, es cuando se descubre que el espiritu de que están poseidos les da una sabiduría y una fuerza, á la cual *nada puede resistir.* Cuando los vemos amenazados, cuando vemos hacer vanos esfuerzos para tapparles la boca é impedirles que prediquen el nombre de Jesucristo, es cuando conocemos que su regla es de *obedecer antes á Dios que á los hombres,* y que solo temen temer á nadie mas que á él. Cuando se contemplan cargados de oprobios, maltratados, azotados, apedreados, y por fin espirando en el martirio, es cuando se sabe *por la alegría de la cual están po-*

seidos, que los oprobios de Jesucristo son su gloria, y los acerbos dolores que sufren en su nombre son su consuelo y todas sus delicias.

La Iglesia, hijo mio, se va fortaleciendo y extendiendo á medida que se ve mas perseguida, y con mayor violencia. Es apedreado san Esteban, que por su celo y sabiduría era como si dijéramos una de las columnas de aquel naciente edificio: trátase de ahogar la fe con la sangre de este generoso mártir y de detener con su muerte los progresos del Evangelio. Pues bien, se engañan los que tal piensan: Dios confunde los designios de sus enemigos, desconfierte todos sus proyectos, y se sirve de su misma malicia para la ejecucion de sus eternos decretos. Son dispersados los Apóstoles y sus discípulos, para destruir así la obra á la cual han dedicado todos sus esfuerzos; créese, que debilitados por su separacion, y hallándose léjos unos de otros, se verán reducidos á la nada, y que les saldrá frustrada su empresa; pero sucede todo lo contrario: su dispersion, léjos de debilitarles, les proporciona los me-

dios de predicar su doctrina en diferentes lugares, y Dios aumenta el poder de su predicacion á medida que se les va separando. Van los Apóstoles á Fenicia, y allí predicán; van á Chipre, van á Antioquía, también allí predicán. En todas partes hacen oír su voz, y en todas partes hacen conversiones.

§ II. *Victorias sobre los paganos.*

Pero ¡cuántos combates no ha tenido que sostener al mismo tiempo la Iglesia por parte de los paganos! Apenas empiezan los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo á predicar el Evangelio y esparcir la fe, cuando todo se conjura contra ellos, y los paganos oponen á su celo los grillos, la espada y la muerte. Quéjense los demonios por boca de sus ídolos, los sacerdotes suscitan é inflaman los pueblos contra los discípulos del Crucificado; los emperadores dan contra ellos los edictos mas sanguinarios, trátanles como infames sediciosos los magistrados; no se ven mas que tribunales para condenarlos, cadaſos levantados para sus

suplicios, y verdugos preparados para ejecutarlos.

Únicamente se ven, hijo mio, espadas y hogueras, potros y ruedas, garfios de hierro, y aceites hirviendo. Unos eran entregados á la voracidad de las fieras; otros al furor de las olas del mar embravecido; los unos perecian de frio metidos en estanques helados, y los otros de hambre en el fondo de oscuros calabozos. Renováronse contra los cristianos los suplicios inventados por una crueldad la mas ingeniosa contra los parricidas, y que habia abolido una justicia mas humana. Los que eran tratados con mas benignidad, se veian despojados de sus bienes y desterrados á tierras lejanas é inhospitalarias. Ni la debilidad del sexo, ni las enfermedades de la edad, nada se perdonaba, ni se respetaba la dignidad de la vejez, ni el rango distinguido, ni el mérito contraido por largos servicios hechos al Estado. Todo el que llevaba el nombre de cristiano era proscrito sin compasion. Olvidábanse los derechos de la amistad, los deberes del reconocimiento, los lazos de la sangre y de la naturaleza. Aho-

gábanse hasta los sentimientos mas tiernos, mas sagrados y mas inviolables. Véase como en tiempo de nuestra desgraciada revolucion ¹ denunciar un hermano á otro hermano, venderse un amigo á su amigo. El esposo era el acusador de su misma esposa, el padre presentaba á los tribunales á su hijo, y este á su vez se constituia en delator y perseguidor del autor de sus dias. Cada uno se hacia un deber de ser inhumano, y tenia por un acto de religion el ser impio.

Con tal que se exterminase el nombre cristiano, nada se tachaba de injusticia ni de crueldad. No se economizaba nada la sangre humana, en cuanto se sabia que era sangre cristiana. No habia una sola provincia que no fuese teatro de los mas sangrientos suplicios. Pasábanse á cuchillo familias enteras junto con sus madres, como lo atestigua santa Felicidad y sus siete hijos; legiones enteras con sus jefes, como se ejecutó con san Mauricio y su legion; hasta rebaños enteros con sus pastores. En un

¹ La revolucion francesa de 1789.

solo dia se hacian á veces millares de mártires. Entonces podia considerarse el bautismo como el noviciado del martirio , y como un contrato , por el cual el que lo recibia se comprometia á sufrirlo.

Este estado de la Iglesia , querido amigo , duró por espacio de trescientos años. Viéronse durante aquel largo intervalo los Nerones , los Domicianos , los Máximos , los Decios , los Valerios , los Galienos , los Dioclecianos , los Maximianos ; viéronse todos estos monstruos condecorados con el título de emperadores , valerse de toda su autoridad y todo su poder para satisfacer la ciega rabia que les inspiraba el odio á Jesucristo. Hasta los príncipes mas justos , como Trajano ; hasta los mas moderados , como Antonino , parecia que se despojaban de su carácter justo y humano , y que se olvidaban de sí mismos , tratándose de perseguir á los cristianos.

Si tenian estas persecuciones algun tiempo de tregua , como efectivamente habia algunas , concediendo Dios algunos momentos de tranquilidad á su Iglesia para hacerle sentir su proteccion , y para hacerle cono-

cer que sabe , cuando quiere , poner un freno al furor de los hombres , y comprimir las pasiones mas feroces ; no fueron por cierto muy duraderos aquellos intervalos de descanso. Pronto volvía á encenderse la persecucion con mas furor y violencia que antes , de modo que los cristianos no hicieron mas , por decirlo así , que pasar sucesivamente de una persecucion á otra , hasta que quiso Dios poner un término á tan deshechas tempestades , dando por jefe al imperio á Constantino , que abrazando el cristianismo , dió á la Iglesia la calma y la paz.

¿ En qué han venido á parar , querido hijo mio , las persecuciones de los paganos ? ¿ Estuvo nunca la Iglesia tan brillante como durante sus persecuciones ? Y ¿ cuándo ha tomado mas incremento que cuando estuvo expuesta al furor de los infieles ? La sola idea de que estaba próxima una persecucion , hacia á los cristianos mas vigilantes y mas santos , mas desprendidos de todo lo terreno ; mas fervientes en sus oraciones , y en la práctica de las buenas obras ; mas atentos á sí mismos , no para librarse de los suplicios , sino para santificarse mas ,

y para edificar á sus hermanos con su conducta. Es preciso observar que Dios destruyó la idolatría gradualmente y por la sucesion de los tiempos, para que encontrasen los cristianos en la persecucion que tenian que sufrir por parte de los paganos, tanto los medios de perfeccionar sus virtudes, como la materia de que formar sus coronas.

Pero ¡qué gloria no fueron para la Iglesia, hijo mio, los triunfos de los mártires! ¡Qué victorias mas brillantes! ¡Qué prodigio ver por espacio de trescientos años despreciar todos los suplicios hasta los mas horrosos, de todo cuanto ofrece la muerte de mas terrible, á los cristianos de todas edades, de todos sexos y condiciones! ¡Ver á débiles niños triunfar de toda la rabia de los demonios y de toda la malicia de los hombres, confundir á orgullosos filósofos con la sabiduria de sus respuestas, despreciar las amenazas de los mas crueles tiranos, demostrar la mas profunda indiferencia por los bienes y los males de este mundo en medio de los mas horribles tormentos! ¡Ver á tiernas jóvenes triunfar de

la debilidad de su edad, de la delicadeza de su sexo, de la blandura de su educacion, de los sentimientos mas tiernos de la naturaleza, como de las sollicitaciones de un padre, de las lágrimas de una madre, de los deseos de la familia, de los preparativos del suplicio y de los horrosos de la muerte, sacrificar su vida por Jesucristo su esposo; preferir perderla antes que perder la virginidad ó la fe!

Eran los cristianos despojados de sus bienes temporales; mas esta pérdida se convertia para ellos en ganancia, pues despreciaban las riquezas de la tierra, y no deseaban mas que los bienes celestiales y las riquezas espirituales de la Iglesia que dirigen á su adquisicion.

Cada dia parecia un número infinito de ellos; pero la constancia y el valor de estos generosos mártires llenaban de alegría á la Iglesia, y al mismo tiempo de confusion á sus enemigos, y esparcian en todos los corazones la noble emulacion de imitarlos. De modo que las mismas persecuciones eran las que mas contribuian al aumento y fecundidad de la Iglesia. Por cada

cristiano que se martirizaba, se veian nacer mas de ciento.

«Los tribunales ante los cuales somos
«citados, decia Tertuliano, son como una
«liza, en la cual entramos para pelear. Es
«cierto que exponemos nuestras vidas, mas
«tambien lo es que combatimos por la ver-
«dad. La victoria consiste en llevarse el
«premio, y este premio es la gloria de agra-
«dar á Dios, y la recompensa de una vida
«eterna; precisamente cuando morimos es
«cuando salimos vencedores. Condenad-
«nos, decia á los paganos; atormentadnos,
«aplástadnos; vuestra impiedad sirve de
«prueba á nuestra paciencia, y por esto
«permite Dios que nos veamos expuestos á
«ella. Pero ¿de qué sirve vuestra mas re-
«finada y bárbara crueldad, sino de atrac-
«tivo para hacer entrar en el gremio de la
«Iglesia un mayor número de creyentes,
«y de medios para multiplicarnos? Nues-
«tro número va creciendo á medida que
«vosotros os afanais por destruirnos, y la
«sangre de los mártires se convierte en se-
«milla de cristianos. Ved ahí, el motivo
«porque os perdonamos sin reparo alguno

«todo el mal que nos haceis; ved ahí por-
«que os damos gracias de que nos conde-
«neis; porque cuando vosotros lo haceis el
«mismo Dios nos absuelve.»

Tales han sido, hijo mio, los triunfos que ha conseguido la Iglesia contra los judíos y contra los paganos: el único efecto que han producido su odio cruel, su rabia, y todos sus esfuerzos, ha sido de extenderla, multiplicarla, afianzarla, y cubrirla mas y mas de gloria. No menos brillantes y completas han sido sus victorias contra los herejes. En vano han osado atacar la pureza de su fe, la santidad de su moral, la sabiduría de su disciplina, el bello orden de su jerarquía y la admirable armonía de sus santas reglas: sus golpes tan repetidos como furiosos, solo han hecho mas fuerte é imponente esta firme columna de la verdad.

§ III. *Victorias sobre las herejías.*

Pero no fue aquella paz sin guerra, ni aquella calma sin temporal. A las tempestades, de que hemos hablado, sucedieron otras que hubieran echado mil veces á pi-

que en la nave de la Iglesia, si Dios mismo no hubiese llevado el timon. Verdad es que cesaron los paganos de perseguir á la Iglesia, porque la mayor parte de ellos se convirtieron al cristianismo, y los que quedaron se sintieron demasiado débiles para mover otra persecucion; pero ¿cuántos enemigos no halló la Iglesia, querido Teófilo, en sus propios hijos? ¿Cuántos enemigos de su fe en los herejes que la atacaron? ¿cuántos enemigos de su unidad en los cismáticos que la dividieron? ¿cuántos enemigos de su santidad en los malos católicos que la deshonraron? Enemigos tanto mas peligrosos, quanto al principio estaban ocultos, se criaban en su seno, y luego desgarraban el seno mismo que les habia llevado. Enemigos que causaban tanta mayor afliccion á la Iglesia en quanto eran sus propios hijos, á los cuales habia alimentado con su pan y su leche. Enemigos artificiosos é hipócritas, que, ocultando ordinariamente sus negras intenciones bajo un velo respetable, empleaban por el pronto la astucia y la seduccion; y que, cansándose luego de su hipocresía á medida que se iban

creyendo mas fuertes, pasaban rápidamente de la astucia á la violencia.

No se encuentra una sola época, ni un solo siglo, en que no se haya visto atacada la Iglesia por esta clase de enemigos. No hay una sola verdad constante en la fe, que ellos no hayan procurado alterar; ningun sagrado culto en la Iglesia que no hayan intentado destruir; ninguna opinion por extravagante que sea que no hayan avanzado y sostenido con furor.

¿No hemos visto acaso, querido amigo, á los *maniqueos* atacar la unidad de Dios; á los *sabelianos* la Trinidad de las personas en Dios; á *Arrio*, atacar la divinidad del Verbo; á *Macedonio*, la del Espíritu Santo; á *Nestorio*, hacer de Jesucristo dos personas, para quitar á la bienaventurada Virgen María el glorioso título de Madre de Dios; á *Eutiques*, por un error contrario, confundir en Jesucristo las dos naturalezas? ¿No hemos visto á un *Aecio*, reprobando las oraciones por los muertos y las abstinencias mandadas por la Iglesia? y ¿un *Vigiliano*, atacar el celibato de los eclesiásticos y la castidad de las vírgenes, la invocacion de